

Barcelona no fue Tiananmén

JUAN CARLOS VILORIA



Cuando se trata de asuntos de orden público, la cámara siempre enfoca desde el ángulo de la protesta, la reivindicación, la víctima reprimida, el manifestante golpeado, el policía encasquetado, aguerrido, violento, supremacista, un poco fascista, claro; aunque solo sea por el uniforme oscuro, el casco, la boquilla, las botas y el escudo. Así que cuando Elena García Cedillo y Susana Alonso han dirigido y guionizado el controvertido documental sobre los disturbios ocurridos en Barcelona en 2019, tras la sentencia del procés, el desconcierto se ha apoderado de quienes esperaban una pieza política, marcadamente ideológica, ensalzando a los luchadores del contenedor o una especie de Tiananmén en la plaza de Urquinaona.

El documental 'Ícaro, la semana en llamas' es una rareza en el panorama mediático audiovisual. Una anomalía, una excepción, porque pone ante el objetivo de la cámara a los policías, a los txakurras, a los maderos, a los 'fascistas', en el lenguaje habitual del otro lado de la barricada. Y resulta que son personas. Con sus angustias, con sus familias, con sus miedos, con su responsabilidad frente a una multitud que aquel día, en la noche de Urquinaona, en el centro de Barcelona en llamas, se los quería llevar por delante.

Los setenta minutos de película que la plataforma Filmin está exhibiendo –hasta que la retire

por las presiones políticas y las coacciones– son una pieza dramática y vibrante porque, a pesar de los años que han pasado, los policías nacionales que dan su testimonio todavía mantienen restos de la adrenalina y el miedo en la mirada. Hay imágenes que no se habían visto, donde lo de menos es la estelada o la independencia de la Cataluña oprimida, porque lo que desborda la pantalla es el odio.

La agente de la Policía Nacional Alicia Araujo cuenta las horas escalofriantes del asalto al aeropuerto de El Prat, los momentos sobrecogedores en los que se sintió acorralada por la masa. En las imágenes todo es sombrío: el humo de los extintores en el parking, la noche cerrada en las calles, los encapuchados lanzando bengalas... Y cuesta asumir que no es una serie.

Nunca se había visto cómo se organizan en el caos los antidisturbios, sus nombres en clave, su intento de mantener la calma ante el desorden («ahora, pelotas no») y el compañerismo como seguro de vida. El minuto 52 de «Ícaro», grabado desde un furgón policial, es puro cine de acción brutal.

La pregunta es por qué un documental que no pretende otra cosa que reflejar el otro lado de la barricada en aquellos días lo quieren censurar. Parece que no hay costumbre de que al independentismo la realidad le estropee el 'agitprop'.

EN DIAGONAL
ROSA BELMONTE

Creador de contenido



Hay poca diferencia entre el creador de contenido y el tonto del pueblo. A veces, entre el director de cine, el escritor, el creador de contenido y el tonto del pueblo. También hay poca diferencia entre el que se ríe de tontadas y el matón. Oliver Laxe y David Uclés son un director de cine, un escritor y creadores de contenido. Qué suerte hemos tenido. La última de Uclés, bajarse de un tinglado de Pérez Reverte. Porque a Pérez Reverte le puede no fallar la Reina, pero si toca

material inflamable como Uclés quizá no le vaya. Uclés ha anunciado que no participará en '1936: La guerra que perdimos todos', que se celebrará en Sevilla. No le gustan Gallardón (por el aborto), Aznar (Irak) o Espinosa de los Monteros (por haber estado en Vox). No sé si Uclés ha leído 'El temperamento revolucionario', de Robert Darnton: «El ridículo era un arma poderosa, como indican los comentarios frecuentes sobre la importancia de tener de su parte a los que se ríen».

El Eco (4): la ninfa

El poder cancelador de los AirPods es enorme, pero no pueden evitar el ruido interno del corazón, o la vibración del mundo

EL HOMBRE PERDIDO
RAFAEL HERRERA
GUILLÉN

Profesor de Filosofía de la UNED



Esta mañana me he llevado un susto de muerte. Como ya he apuntado en alguna otra ocasión, tengo por sana costumbre salir a pasear todas las mañanas antes de adentrarme en la agenda de hierro en que se van muriendo los días. Pues que ya se sabe que así la vida se pasa, tan callando. Se me ocurre decir, así, de improviso, antes de entrar en el asunto del susto matutino, se me pasa por la imaginación decir un poco divagantemente que quizás la vida sucede precisamente así: como un río de silencio derramado en el tiempo al que no prestamos atención porque damos por supuesto que vivimos por el simple hecho de que estamos vivos. Éste es quizás el prejuicio más grave de todo ser humano. Y una vez asentada esta afirmación existencialista, paso a contar el episodio tremendo que me ha acontecido hoy en mis habitualmente pausados paseos.

Todo el mundo sabe que el chándal es la continuación del pijama en sentido inverso. Es decir, que si el pijama es prenda cómoda para descansar, el chándal es prenda cómoda para cansar. Salir de uno y entrar en otro es tarea de holguras y ajustes físicos agradables. Desde un punto de vista estético, cierto es, a mi

parecer, el chándal, aunque ha avanzado mucho, no deja de ser la venganza proletaria por el nudo Windsor.

Pues bien, esta mañana he salido a dar mi paseo, como decía, perfectamente chandalizado y bien pertrechado con mis AirPods. Y aquí viene la cosa. Me atiende. Estos aparatos tienen una tecnología tan diabólica, que cancelan el ruido diría que con dulce furor. Más que cancelar el ruido, te aíslan el cerebro insuflándote vacío por las orejas. Hasta el homínido más superficial sería capaz de sentir un cierto ensimismamiento poético al ponerse estos aparatos.

El fresquito y la niebla me tenían el alma musical algo 'London' y sensiblon. Así que me puse el aria del Lamento de Dido, de Purcell. La belleza dulce y triste de la música iba adueñándose de mi alma hasta el pescuezo. Y ocurrió.

El poder cancelador de los AirPods es enorme, pero no pueden evitar el ruido interno del corazón, o la vibración del mundo que asciende por nuestro cuerpo en forma de onda sonora que cruje a cada paso. Pues bien, de repente, escuchando el aria, en ese momento del «No trouble», el silen-

El silencio se hizo tan absoluto que ya no pude escuchar mi propia respiración ni podía escuchar mi propia voz

cio se hizo tan absoluto que ya no pude escuchar mi propia respiración ni podía escuchar mi propia voz. Podía hablar, pero era mudo para mí mismo. No escuchaba mi propia voz. Sentí que en mí se producía el castigo de la ninfa Eco, condenada a repetir las palabras de los demás. Yo era un cuerpo cóncavo sobre el que impactaba una música que se repetía una y otra vez en ese hueco que se había vaciado de mi existencia para ceder su espacio al lamento. Entendí entonces más que nunca el trágico, pero hermoso, destino de Eco. Enamorada de Narciso, éste, al verla, le dijo: «Yo soy Narciso. ¿Tú quién eres?». A lo cual, la ninfa enamorada respondió: «¿Tú quién eres?». El joven hermoso volvió a presentarse: «Yo soy Narciso. ¿Y tú?». Y la pobre ninfa, condenada a repetir la voz de los demás, respondió así: «¿Y tú?». El joven se rio de ella, la abandonó y se marchó, él también, a cumplir su destino terrible.

Comprenderá el discreto lector la papeleta, el susto mortal: ahí estaba yo, en chándal, en medio del campo urbano, cayendo una niebla cortante, ahí estaba yo hecho un ninfo ecólatra, imaginando qué debe ser eso del desvivirse absoluto, del dejarse el ser para otro día, del morirse de amor. No hubo que lamentar males mayores, pues la tecnología hizo su trabajo: el destino quiso que se desconectara el bluetooth y el escarnio poético decayó. Me palpé el chándal para corroborar que seguía vivo. En efecto, lo estaba. Regresé a casa, me cambié y salí hacia la facultad asegurándome de que llevaba bien ajustado el Windsor.

CARTAS AL DIRECTOR

Más psicólogos para La Arrixaca

Señor Juan José Pedreño, consejero de Salud de la Región de Murcia. Me dirijo a usted con el fin de exponerle el problema que tenemos los pacientes de Psiquiatría en el Instituto Policlínico de La Arrixaca. La última consulta que tuve con mi psicóloga clínica fue en junio del pasado año. Y la semana pasada me comunicaron que todavía no disponían de personal del Servicio de Psicología Clínica, por lo cual me

han emplazado al mes de mayo. O sea, que voy a tardar un año en disponer de servicio de psicología.

Hablo en nombre de todos los pacientes de Psiquiatría/Psicología Clínica cuando digo que esa ausencia de servicio es demencial, imprudentemente temeraria. Quienes ya estamos esperando nuestra consulta de psicología hace siete meses, hemos padecido el agravamiento de nuestros síntomas. En una sociedad que ha apostado por reducir el número de suicidios, habilitando un

número 'ad hoc', y se ha marcado como objetivo prioritario erradicar el estigma que tienen los suicidas, pocos medios se implementan para evitar los 'exitus vitae'.

Señor consejero, le rogamos que atienda nuestras peticiones y contrate a más profesionales de la salud mental (psicólogos en este caso), y que las citas no estén tan espaciadas en el tiempo. Citar a un paciente para dentro de cinco meses es tanto como no citarle. Como muy bien expresó la situación un psiquiatra: «Es cualquier